

ESTUDIO PRELIMINAR

TOCQUEVILLE Y LA CUESTIÓN DEL PAUPERISMO

Por Juan Manuel Ros

I

Desde su «redescubrimiento» a mediados del siglo XX, el pensamiento de Alexis de Tocqueville (1805-1859) no ha dejado de suscitar un vivo interés y de recibir numerosos reconocimientos entre los estudiosos de la ciencia social y, más recientemente, de la filosofía política. En efecto, la edición continuada de sus obras completas y la proliferación de trabajos sobre lo que se considera como sus principales escritos, esto es, *La Democracia en América* (1835 y 1840) y *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856), han ido revelando poco a poco su gran categoría como clásico del pensamiento social y político contemporáneo. En este sentido y a pesar de algunos olvidos, se han destacado, entre otros aspectos

importantes, su contribución pionera a la teoría sociológica¹, la originalidad de su metodología investigadora², su desmitificadora interpretación histórica de la Revolución francesa³, su perspicaz reflexión politológica sobre la democracia moderna⁴ y su valor como fuente de inspiración normativa para una corrección republicana del modelo democrático-liberal basada en la revisión del concepto de sociedad

¹ Un ejemplo bien significativo es el de R. Aron, que sitúa a Tocqueville junto a Comte y Marx en el panteón de los padres fundadores de la Sociología moderna. R. Aron, *Les Étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, Paris, 1967. Una reivindicación similar en el ámbito sociológico anglosajón se encuentra en R. Nisbet, *The Sociological Tradition*, Basic Books, Nueva York, 1966.

² La aportación de Tocqueville a una metodología científica «no-positivista» (método comparativo, tipos ideales y orientación ética, fundamentalmente) ha sido repetidamente destacada por sus intérpretes. Sobre esta cuestión véase el pormenorizado estudio de J. M. Saucá, *La ciencia de la asociación de Tocqueville. Presupuestos metodológicos para una teoría liberal de la vertebración social*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1995.

³ El punto de partida lo marca aquí el trabajo de F. Furet, *Penser la Révolution Française*, Gallimard, Paris, 1978.

⁴ Se cuentan por decenas los estudios dedicados a este punto. Entre ellos, cabría destacar el estudio pionero de J. P. Mayer, *Alexis de Tocqueville. A Biographical Study in Political Science*, Harper and Brothers, Nueva York, 1960 (traducción castellana de A. y P. Truyol Serra, Tecnos, Madrid, 1965) y los más recientes de J. C. Lamberti, *Tocqueville et les deux démocraties*, PUF, Paris, 1983 (libro surgido de la primera «thèse d'État» dedicada a Tocqueville en Francia); P. Manent, *Tocqueville et la nature de la démocratie*, Fayard, Paris, 1993, y M. Sandel, *Democracy's Discontent*, Cambridge University Press, Cambridge, MA, 1996. Entre nosotros habría que mencionar aquí los trabajos de L. Díez del Corral, *El pensamiento político de Tocqueville*, Alianza,

civil⁵. Junto a tales reconocimientos, no han faltado también los debates acerca de su desconcertante posición ideológica, la cual se mueve entre las tensiones de su filiación aristocrática, su apasionado liberalismo y su aceptación intelectual de la democracia. Ello ha dado lugar a múltiples y encontradas interpretaciones entre sus comentaristas (no siempre exentas, por lo demás, del intento de «apropiación ideológica»), las cuales van desde la calificación negativa de «conservadurismo aristocrático» hasta su exaltación simplificadora como clásico representante de un «liberalismo integral» opuesto radicalmente a toda forma de socialismo (sobre todo al marxista), pasando por lecturas más matizadas que, tomando en serio la propia declaración tocquevilleana de ser un «liberal de una nueva especie», lo ven como un lúcido precursor de los actuales «teóricos de la sociedad civil» que tratan de profundizar en la democracia liberal cuestionando al

Madrid, 1989; E. Nolla, «Introducción» y edición crítica de *La Democracia en América*, Aguilar, Madrid, 1989, y H. Béjar, «Alexis de Tocqueville: la democracia como destino», en F. Vallespin (comp.), *Historia de la teoría política*, Alianza, Madrid, 1991, t. 3, pp. 299-338.

⁵ Sobre esta línea interpretativa, pueden consultarse, entre otros, los artículos de A. Renaut, «La discussion républicaine du libéralisme moderne» y J. M. Besnier, «Tocqueville et la discussion libérale de la démocratie», en A. Renaut (dir.), *Histoire de la Philosophie Politique*, Calmann-Lévy, Paris, 1999, t. 4, pp. 317-359 y 133-161, respectivamente; B. Barber, *Un lugar para todos. Cómo fortalecer la democracia y la sociedad civil*, Paidós, Barcelona, 2000, y J. M. Ros, *Los dilemas de la democracia liberal (Sociedad civil y democracia en Tocqueville)*, Crítica, Barcelona, 2001.

mismo tiempo el socialismo estatalista y el liberalismo económico⁶.

A la vista de tales resultados, puede parecer que cualquier posible cuestión sobre alguna de las múltiples dimensiones del pensamiento tocquevilleano (ya sea el «hombre político», el sociólogo, el historiador, el politólogo e incluso el filósofo) ha sido ya ampliamente tratada, discutida e incorporada a la disciplina de estudio correspondiente y que resulta, por tanto, prácticamente imposible enriquecer todavía las interpretaciones de sus más relevantes estudiosos y/o especialistas. Ocurre, sin embargo, que los clásicos son, como ya señalara I. Calvino, inagotables, y por eso «nunca acaban de decir todo lo que pueden decir»⁷. Ello significa que siempre pueden enseñarnos algo valioso si nos atrevemos a interrogarlos desde la perspectiva de los problemas que preocupan a nuestro presente. Y Tocqueville no constituye, a este respecto, ninguna excepción.

II

Hay, en efecto, un aspecto del pensamiento de Tocqueville que apenas ha sido estudiado por sus intérpretes y cuya exposición se encuentra principalmente en uno de esos pequeños textos considerados como «menores» en el conjunto de su obra. Se

⁶ A. Cortina, «La actualidad de Tocqueville», prólogo al libro de J. M. Ros citado en la nota anterior, pp. 11-16.

⁷ I. Calvino, *¿Por qué leer los clásicos?*, Tusquets, Barcelona, 1992, p. 15.

trata de su reflexión económico-política sobre un tema clave de su tiempo —y que sigue preocupando muy especialmente en el nuestro—: a saber, el problema de la pobreza que acompaña al crecimiento industrial capitalista en el mundo moderno. El análisis de dicho problema y sus posibles soluciones constituye el asunto principal de la *Memoria sobre el pauperismo*, que fue publicada en 1835 bajo los auspicios de la Sociedad Académica de Cherburgo y cuya prometida continuación (la *Segunda memoria sobre el pauperismo*), escrita en 1837 y al parecer no concluida, quedó inédita en vida de Tocqueville.

Con la perspicacia que le era propia, ya J. Ortega y Gasset⁸ señaló que entre los escritos menores de este aristócrata francés —se refería en este caso a su voluminosa e interesante *Correspondencia*— se encontraban quizás las mejores páginas de su pensamiento político. Algo parecido podría decirse de la *Memoria sobre el pauperismo* en lo que concierne a su pensamiento económico y por eso, entre otras razones que veremos más adelante, creemos que merece ser revisitada.

Para empezar, hay que señalar que la literatura crítica sobre dicho escrito está lejos de ser abundante. Es verdad que algunos de los más acreditados estudiosos de Tocqueville incluyen en sus trabajos algunas referencias sobre la importancia de la *Memoria sobre el pauperismo*, pero sin entrar a analizarla verdaderamente a fondo. En este sentido, o

⁸ J. Ortega y Gasset, «Tocqueville y su tiempo», en *Obras completas*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1971, 3.ª ed., t. 9, pp. 327-331.

bien se limitan a indicar la influencia –sobre todo en el estilo– de Rousseau⁹, o a resaltar su visión meramente psicológica de la economía capitalista y el carácter *premarxista* de su interpretación de la lucha de clases¹⁰, o a constatar su presencia en algunos capítulos de la segunda parte de *La Democracia en América*¹¹, o a indicar sus posibilidades como un análisis sociológico sobre «la cuestión social» que no llegó a cuajar del todo¹², o bien, finalmente, a sumarse a una opinión bastante difundida entre los intérpretes de Tocqueville, según la cual éste apenas se ocupó ni comprendió en todo su alcance la importancia del desarrollo económico capitalista en sus reflexiones sobre la democracia moderna¹³. Como trataremos de mostrar, dichos autores

⁹ Es el caso, por ejemplo, de M. Bressolette en su «Tocqueville et le paupérisme. L'influence de Rousseau», *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Toulouse*, n.º XVI, 1969, pp. 67-78.

¹⁰ S. Drescher, *Dilemmas of Democracy (Tocqueville and Modernization)*, University of Pittsburg Press, Pittsburg, 1968.

¹¹ J. C. Lamberti, *op. cit.*, pp. 227 ss. Se trata, fundamentalmente, de los capítulos titulados «Cómo la aristocracia podría surgir de la industria» e «Influencia de la democracia sobre los salarios», *La Democracia en América II*, edición crítica de E. Nolla, Aguilar, Madrid, 1989, pp. 201-207 y 231-235, respectivamente.

¹² J. M. Saúca, *op. cit.*, p. 178.

¹³ A. Leca, *Lecture critique d'Alexis de Tocqueville*, Presses Universitaires d'Aix-Marseille, 1988, p. 626; H. Béjar, *op. cit.*, p. 333; L. Guellec, *Tocqueville. L'Apprentissage de la liberté*, Michalon, Paris, 1996, p. 48. Dicha opinión, así como la supuesta adhesión acrítica de Tocqueville al liberalismo económico, comienza, sin embargo, a ser cuestionada en algunos estudios recientes que sí prestan una atención importante a la *Memoria*

no tienen suficientemente en cuenta que lo que de verdad le preocupa a Tocqueville no es el crecimiento económico en sentido estricto, sino el análisis de la economía en clave de razón práctica, es decir, en su relación con los factores políticos, sociales y, en último término, morales.

Podemos preguntarnos, a continuación, por los motivos de la escasa audiencia intelectual de la *Memoria sobre el pauperismo*.

Resulta difícil, en primer lugar, observar su relevancia en el seno de la inmensa literatura sobre el pauperismo que se desarrolla en Europa a lo largo del siglo XIX; y tal vez por eso, cuando se hace referencia a dicho texto de Tocqueville, sea presentado sin más como un reflejo de la posición de los notables de la época sobre la cuestión¹⁴.

En segundo lugar, cabe señalar que la publicación del texto en cuestión no ha sido, hasta fecha reciente, muy apropiada para su repercusión intelectual. En efecto, la editorial donde se publica el texto por primera vez en 1835 –el número 2 de las *Memorias de la Sociedad Académica de Cherburgo*– carece de prestigio en el universo cultural francés, la periodicidad de sus publicaciones es bastante irregular y su difusión parece destinada más bien a un público

sobre el pauperismo. Es el caso del meritorio trabajo de E. Keslassy, *Le libéralisme de Tocqueville à l'épreuve du paupérisme*, L'Harmattan, Paris, 2000.

¹⁴ Así, por ejemplo, R. Castel en su trabajo *Les métamorphoses de la question sociale*, Fayard, Paris, 1995 (hay traducción castellana de J. Piatigorsky, Paidós, Barcelona, 1997, por la que citamos, pp. 218 s.).

lector de ámbito local. A ello se añade también que, muy posiblemente, Tocqueville decidiera publicarlo en dicho lugar para no comprometer demasiado, con un nuevo escrito de menor extensión y de temática diferente, el éxito que estaba obteniendo tras la recién aparecida primera parte de *La democracia en América*; o que tratara, como apunta su biógrafo A. Jardín¹⁵, de darse a conocer mejor entre los ilustres de la zona para preparar estratégicamente una futura candidatura como diputado en el distrito electoral de Cherburgo. Aunque el texto no pasa completamente desapercibido (es reseñado en algunas revistas importantes de la época), no será reeditado hasta 1911 en el *Bulletin du Comité des travaux historiques et scientifiques* de París¹⁶. Desde entonces, habrá que esperar a 1983 para verlo publicado de nuevo en la revista *Commentaire* y sobre todo a su inclusión en las *Oeuvres Complètes* de Tocqueville —junto a la reconstrucción del manuscrito incompleto de la *Segunda memoria sobre el pauperismo*— y a su presencia en ediciones separadas de bolsillo, tanto en francés como en inglés, para que comience a ser ampliamente conocida. Pero lo chocante del caso es que, a pesar de ello, continúa sin recibir la atención que merece por parte de los estudiosos del pensamiento en sus diferentes disciplinas.

¹⁵ A. Jardín, *Alexis de Tocqueville 1805-1859*, Hachette, París, 1984 (hay traducción castellana de R. M. Burchfield y N. Sancholle-Henraux, FCE, México, 1988, por la que en adelante citaremos, p. 226).

¹⁶ A. Jardín, *op. cit.*, p. 195.

Puede ser, finalmente, que su limitado impacto intelectual sea debido, como apunta E. Keslassy¹⁷, a que ciertas ideas que contiene el mencionado texto no cuadren del todo con la divulgada visión que hace de Tocqueville un pensador liberal en todos los dominios, incluido el económico. En este sentido, también es interesante destacar que, cuando se hace referencia al mismo, se mencione solamente su crítica a los efectos negativos de la «caridad legalizada» consolidada en Inglaterra tras la ley sobre los pobres de 1834 y que se obvian, al mismo tiempo, otros pasajes significativos del texto en los que se cuestiona muy agudamente las supuestas virtudes de la doctrina de libre mercado para solucionar la explotación, la desocialización y la pobreza masivas que también trae consigo el desarrollo industrial capitalista. Y esta suerte de lectura selectiva, reductora y, por así decirlo, «ideológica» de la *Memoria sobre el pauperismo* contribuye poderosamente a oscurecer el carácter «disidente» del liberalismo de Tocqueville con respecto al grueso de las teorías liberales de su época.

III

Tal y como indica A. Jardín en su excelente estudio biográfico sobre Tocqueville, la génesis de los escritos de éste sobre el problema del pauperismo no es suficientemente conocida¹⁸. En lo que respecta al

¹⁷ E. Keslassy, *op. cit.*, pp. 23 s.

¹⁸ A. Jardín, *op. cit.*, pp. 195 s.

primero de ellos¹⁹, sabemos que fue publicado en 1835 por la Sociedad Académica de Cherburgo y redactado, presumiblemente, en el intervalo que media entre la aparición de la primera parte de *La democracia en América* (enero de 1835) y el segundo de los viajes de Tocqueville a Inglaterra, en este caso con su amigo G. de Beaumont, para ampliar sus conocimientos sobre dicho país (entre abril y septiembre de 1835). Tres son, al parecer, las fuentes principales de las que se sirvió el aristócrata francés para elaborar dicho texto. En primer lugar, las impresiones de su primer viaje a Inglaterra en 1833, recogidas en sus «Notes du voyage»²⁰. En ellas, se ve claramente que Tocqueville toma plena conciencia de la «nueva cuestión social» que supone la aparición de una indigencia masiva unida al crecimiento industrial en la rica y próspera Inglaterra (y, por extensión, en la dirección futura que seguirán las sociedades modernas en su conjunto). De todos modos, el pauperismo estaba, por así decirlo, en el corazón de las preocupaciones de sus contemporáneos, tal como lo prueban las numerosas investigaciones y concursos sobre la cuestión promovidos por la Academia de las Ciencias Morales y Políticas de París, así como la inquietud que habían generado

¹⁹ En adelante, *Primera memoria sobre el pauperismo*.

²⁰ Se trata del viaje emprendido por nuestro autor para preparar su futuro matrimonio con la dama inglesa Mary Motley y que le servirá también para proseguir sus investigaciones sobre la democracia. Dichas «Notes du voyage» pueden seguirse en las *Oeuvres complètes d'Alexis de Tocqueville*, Gallimard, París, t. V, vol. 2, 1958, pp. 11-43.

entre los notables de Francia las revueltas obreras en los primeros años de la Monarquía de Julio.

En segundo lugar, se encuentran las investigaciones, informes previos y el texto mismo de la «ley de los pobres» aprobada por el Parlamento inglés en 1834. Dichos textos le son facilitados por su amigo, el economista S. Nassau Senior, a la sazón presidente de la Comisión Parlamentaria redactora de la mencionada ley y con quien nuestro autor mantendrá una importante correspondencia que le permitirá profundizar en sus conocimientos de economía política²¹.

En tercer lugar, está el *Traité d'économie politique chrétienne ou Recherches sur la nature et les causes du paupérisme en France et en Europe, et sur les moyens de le soulager et de le prévenir* publicado en 1834 por el vizconde A. de Villeneuve-Bargemont. Se trata de un autor vinculado al legitimismo agrarista de inspiración católica y prototipo de la crítica, en clave de cristianismo social, al industrialismo capitalista y a la orientación utilitarista y liberal de la economía política inglesa²². La atenta lectura de este libro y las reflexiones críticas sobre el mismo contribuirán, en buena medida, a perfilar la posición adoptada por Tocqueville ante el problema del pauperismo.

²¹ Dicha correspondencia entre ambos puede seguirse en «Correspondance Anglaise», *Oeuvres complètes*, Gallimard, París, 1991, t. VI, vol. 2.

²² Sobre las ideas de dicho autor, puede consultarse el trabajo de L. Epsztein, *L'économie et la morale aux débuts du capitalisme industriel en France et en Grande-Bretagne*, Armand Colin, París, 1966, cap. X, esp. pp. 220-224.

A dichas fuentes, podríamos añadir también, como sugiere F. Mélonio²³, la influencia intelectual de J.-J. Rousseau —y muy especialmente el *Discours sur l'origine et les fondaments de l'inégalité parmi les hommes* en relación con la explicación ofrecida por Tocqueville sobre el origen del pauperismo—, y el conocimiento de otros tratados importantes de economía política, como el *Cours Complet d'économie politique pratique* (1828) de J. B. Say (principal representante del liberalismo económico francés) y *L'Économie politique ou principes de la science des richesses* (1829) de E. Droz (uno de los principales partidarios de la llamada «economía social», que se presenta como alternativa a la anterior y de la que el planteamiento de Tocqueville se encuentra más próximo).

La estructura de esta *Primera memoria sobre el pauperismo* es típicamente representativa de la abundante literatura sobre la cuestión que se produce a lo largo de todo el siglo XIX. En este sentido, su composición sigue una lógica precisa inspirada en el modelo médico. Se trata, en primer lugar, de constatar el problema de la pobreza masiva (los «síntomas» de esta nueva «patología social») para pasar, a continuación, a la determinación de su origen y principales causas (esto es, a escrutar la naturaleza del mal para mejor establecer su «diagnóstico») y, finalmente, se proponen y discuten las soluciones oportunas para combatirlo (se prescribe, por tanto,

²³ F. Mélonio, «Introducción» al t. XVI, «Mélanges», *Oeuvres complètes de A. de Tocqueville*, Gallimard, París, 1989, pp. 22 s.

el tratamiento o «terapia» más apropiada para su curación).

De acuerdo con ello, la primera parte del escrito de Tocqueville arranca con la constatación de una suerte de hecho paradójico que marcará, por así decirlo, el desarrollo del pensamiento social decimonónico, en contraste con el inicial optimismo liberal y positivista sobre la influencia favorable de la industrialización capitalista en el progreso de las sociedades modernas: el pauperismo es proporcionalmente mayor en las sociedades ricas e industrializadas como Inglaterra que en las sociedades agrícolas más pobres del sur europeo. Y algo parecido sucede entre los diferentes departamentos en el interior de un mismo país, como en el caso de Francia.

Así pues, en la Inglaterra de la revolución industrial, que ve multiplicar considerablemente su riqueza global, una sexta parte de la población vive a expensas de la caridad pública. Una nueva y masiva clase de indigencia es el corolario del crecimiento industrial capitalista. He aquí, por tanto, una de las más graves contradicciones de la dirección que siguen las sociedades modernas: el aumento de la prosperidad debido a los avances de la industria no se ve acompañado del correspondiente progreso en materia de justicia social. ¿Cómo explicar esta paradoja? ¿Es la desigualdad el motor necesario, y el contraste entre opulencia y miseria el resultado inevitable del crecimiento económico? ¿No se creía que la historia de las sociedades modernas era un movimiento progresivo y continuado en la erradicación de la miseria en el mundo? Como puede entreverse, nuestro autor sigue en sus reflexiones una orienta-

ción bien diferente a la de muchos filántropos y no menos economistas liberales de la época, que pensaban que el pauperismo se debía, fundamentalmente, a la relajación moral y a las «malas costumbres» del indigente sano en relación con el trabajo (ignorancia, imprevisión, pereza, conducta desviada, etc.)²⁴.

Con el fin, pues, de encontrar las causas profundas de esta paradójica correlación que se da entre el crecimiento económico-industrial y el aumento de la pobreza, Tocqueville nos ofrece un cuadro histórico general del nacimiento y evolución de la civilización cuyo paralelismo, tanto en el fondo como en la forma, con el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* de Rousseau es más que evidente, a pesar de sus diferentes conclusiones.

El aristócrata francés parte del estado primitivo de la sociedad, en el que la vida de los hombres, todavía salvajes, nómadas y cazadores, se reduce a lo justo para poder subsistir. La pobreza no puede existir cuando no hay otros goces más importantes que la mera satisfacción de las necesidades más elementales. Pero, al pasar la sociedad de una economía de subsistencia a una economía de producción gracias al descubrimiento de la agricultura, se produce un primer movimiento de diferenciación entre los hombres. La institución de la propiedad territorial y el espíritu de conquista militar se hallan en el

²⁴ G. Proccaci, *Gouverner la misère. La question sociale en France 1798-1848*, Seuil, París, 1993, p. 208.

origen de la desigualdad social y forman los pilares del orden aristocrático, cuya consolidación en el sistema feudal tiene lugar durante la Edad Media. En este período, los hombres se hallan divididos en dos categorías sociales: una mayoría que subsiste a duras penas cultivando la tierra sin poseerla, y una minoría privilegiada que la posee y percibe la práctica totalidad de las rentas sin cultivarla. La vida de los primeros se limitaba, en materia de necesidades, a una especie de felicidad vegetativa, mientras que la de los segundos era fastuosa, pero desprovista de las comodidades que trae consigo la moderna sociedad del bienestar.

La situación cambia radicalmente con la llegada de la época moderna, puesto que la multiplicación y diversificación hacia el infinito de nuevos goces y necesidades suplementarias de todo tipo, unida a la expansión del comercio y a la creación de industrias cada vez más perfeccionadas para satisfacerlas, impulsan de modo decisivo la pasión por el bienestar material y la economía del lujo. Se opera entonces un desplazamiento masivo de la población agrícola hacia la industria en busca de ese bienestar que, puesto en apariencia al alcance de todos, depende en realidad del sistema de producción y consumo de necesidades artificiales creado por el mercado capitalista. La explotación económica de la masa obrera, su desafiliación social y, en definitiva, un pauperismo creciente entre los miembros de la misma son los principales efectos negativos de la dirección que siguen las sociedades industrializadas. Pero ¿es el crecimiento proporcional de la pobreza unido al avance de la sociedad del bienestar que promete el

desarrollo de la industria el destino fatal de la civilización moderna? Si la respuesta es negativa, hará falta buscar la terapia más apropiada, y a eso dedica Tocqueville la segunda parte de la *Primera memoria sobre el pauperismo*.

Ante dicha cuestión, nuestro autor no propone, como los legitimistas, ningún retorno idealizado al pasado de una sociedad agrícola impregnada de religiosidad tradicional, pero tampoco piensa, como los economistas liberales, que la aplicación de la doctrina del libre mercado al progreso de la industria armonice espontáneamente los intereses y acabe con el pauperismo. Tocqueville hace gala aquí de un lúcido pesimismo, puesto que no cree, de manera doctrinaria, en ninguna solución final al problema de la pobreza, lo que no obsta para que se esfuerce en proponer remedios razonables y preventivos al mismo (como veremos al tratar la *Segunda memoria sobre el pauperismo*).

Tradicionalmente, el remedio para la pobreza era la beneficencia, convertida por el cristianismo en la virtud de la caridad. Ahora bien, dada la novedad y sobre todo la magnitud del problema del pauperismo, la práctica de dicha virtud tiene —piensa Tocqueville— un efecto muy limitado, lo que requiere buscar otras soluciones. ¿Hará falta, pues, sustituir la caridad de los particulares por un sistema de asistencia pública administrado por el Estado para hacer frente a dicho problema, como sucede en Inglaterra?

En la actualidad, el problema del pauperismo en ese país es muy agudo, dice nuestro autor, porque la propiedad territorial está concentrada en unas pocas

manos y la industria se halla en poder de una clase de patronos que pone a la población obrera en función de los intereses del negocio capitalista. Y la solución a la pobreza generada por estas y otras causas se deja en manos de la asistencia estatal, tal como se ve refrendado en la aprobación por el Parlamento de la ley de los pobres en 1834.

Dicha solución es objeto de un amplio debate entre los notables de la época, y Tocqueville toma partido en el mismo con una brillante argumentación crítica sobre los abusos y consecuencias perversas, tanto económicas como sociales y morales, de dicho sistema de «caridad legalizada». No se trata, sin embargo, de rechazar toda intervención estatal; lo que se cuestiona aquí son los efectos contraproducentes en materia de solidaridad que se derivan de la administración exclusiva, paternalista y burocratizada de la misma por parte de un «Estado-providencia». Entre ellos, se mencionan, principalmente, la asistencia indiscriminada, la picaresca del derecho al subsidio, la pérdida de responsabilidad ante el trabajo, las restricciones a la libertad de movimientos del pobre, la destrucción de los lazos de reconocimiento entre las clases y el enfrentamiento de las mismas, la constitución de una población de eternos asistidos, etc. Por tanto, concluye nuestro autor, no se debe orientar la acción hacia la omnipotencia estatal para remediar las miserias sociales frente a las que no basta la beneficencia privada.